

KAHLENBERG
(cerro pelado)
quizá fuera en
otro tiempo una

DIALOGOS AUSTRIACOS

montaña calva. Hoy todo el camino que desde las afueras de Viena conduce hasta su cima está poblado de altos árboles. En un día de sol de principios de otoño es un mar de verdura bajo el otro mar azul de un cielo alto y brillante, casi mediterráneo. Desde Kahlenberg hay dos perspectivas: a un lado la ciudad (con el dedo se pueden señalar la aguja gótica de la Stephenkirche, los jardines del Hofburg y las redondas cúpulas de San Carlos Borromeo); al otro, la llanura inmensa sobre la que se cierra el horizonte en tierra húngara.

Son las dos caras de la medalla de la presente situación de Europa, o las dos hojas de un díptico de libertad y tiranía cuya tangente fuera Kahlenberg. Viena tiene una alegría católica y latina y es, probablemente, la ciudad a la que con más exacta propiedad cuadra el título de capital mundial de la cortesía y de la sonrisa. Y el horizonte húngaro de la llanura danubiana marca la frontera de la inmensa cárcel a cuya existencia se van a costumbrando—increíblemente—los Gobiernos y los pueblos.

El hecho sorprendente es que a treinta kilómetros tan sólo de esta frontera absoluta—treinta kilómetros de tierra abierta, desguarnecida e indefensa—se haya conservado una alegría profunda y evidente, que salta por encima de las amenazas objetivas que la acechan y que no se apoya siquiera en muy concretas esperanzas. Esto no puede ser la simple consecuencia de unos tratados políticos entre los grandes de este mundo: por debajo o por encima de la verdad oficial ha de haber otras razones.

Otto Schulmeister me recordaba la vieja y proverbial clasificación de los países en tres especies diversas: Schnapsländer, Bierländer y Weinländer: tierras de aguardientes, de cervezas y de vinos. Y Viena—Austria—, pese a sus Bräuerei y a los inmensos tarros de cerveza que suelen verse en las mesas de los restaurantes populares, es tierra de vinos. Fueron los romanos, en tiempos del emperador M. Aurelio Probo, quienes llevaron las vides, igual que al Rin y al Mosela, al mismo tiempo que adelantaban a la otra orilla de estos ríos el "límites" reconstruido del imperio y asentaban en tierra romana a nutridos contingentes de germanos. No hay seguramente ninguna razón para que la fuerza bárbara y brutal de la tiranía o de la prehistoria se detenga en las fronteras de la vid. Pero es probable que desde los días de Probo—desde que el Nórico crió sus vinos propios—haya sido más estrecha la vinculación moral al Occidente latino de esta zona danubiana, indisolublemente unida desde entonces a la comunidad católica y latina de todos los grandes Weinländer europeos. De la romanidad histórica de Viena—y tal vez de su destino—es un símbolo, junto con la vid, que Marco Aurelio, el Emperador filósofo y militar, muriera en el año 180, al empezar la primavera, en el pequeño castro fronterizo de Vindobona (Viena),

a poco de terminar de redactar los "Pensamientos", la gran obra de su vida.

Siglos después, en el período inicial de la Reforma, fué providencial sin duda que Toledo y Viena fueran al mismo tiempo la doble capital de un príncipe católico, alegre, viajero y europeo. Con estos dos apoyos para sus reales plantas, el Emperador pudo conservar el equilibrio. Viena y el Imperio no cayeron del lado de Oriente ni del Norte, sino que se mantuvieron con fidelidad en el ámbito de la libertad católica de Roma y de la alegría, clásica y barroca, de la vid.

Friedrich Heer señalaba otra pista para la interpretación histórica de Viena. Una alta condición que, junto con la fidelidad católica y romana (que representan la vid, Marco Aurelio, Probo y Carlos V), explica lo que esta ciudad—y con ella Austria—ha sido y puede ser: su generosa apertura universal a los hombres de origen más diverso; su condición de crisol de razas e integradora de culturas.

Viena ha sido siempre un claro ejemplo de hospitalidad: el polo opuesto de una ciudad cerrada o pueblerina. Su Catedral lleva el nombre de un Rey húngaro. Los Habsburgos, que prácticamente iban a crear Austria, eran en el siglo XII una familia de príncipes suizos, y desde el esposo de María Teresa, Enrique, por la línea paterna iban a ser Lorenas; Metternich era un renano; San Clemente María Hofbauer, Patrón de Austria, era checo; en los años iniciales del nacionalismo romántico europeo, Viena fué el refugio de serbios, búlgaros y griegos. Y hasta en los días de máximo austrianismo regional, a principios del Imperio nuevo de Francisco I, húngaros, checos, croatas y eslovenos eran ciudadanos en pie de igualdad con los germanos del Occidente del Imperio. Viena era capaz de asimilarlo todo: desde la vid que llevaron los romanos hacia el 280 hasta el impulso constructor de un Napoleón III. Entre el alcalde Lueger y Francisco José, el Emperador de más largo reinado de la Historia, hicieron de Viena un París a escala reducida, pero más majestuoso e imperial y más social también.

Hoy Austria se despierta de una larga pesadilla en medio de la fabulosa pros-

peridad económica del mundo occidental que, a los dos años de ausencia de los

rusos, se le ha colado totalmente por las puertas. Por de pronto ha recobrado la sonrisa: basta recordar la Opera (tres teatros abiertos todo el año) o asomarse por la noche al Grinzing, a uno de esos rincones de restallante alegría y sano humor vienés de la Heroicagasse. Conserva—tal vez un poco adormecida y soñolienta—la fe de sus viejos tiempos: la natalidad es baja, la práctica religiosa más bien corta y los socialistas se llevan la mitad casi de los votos. Pero el noventa y cinco por ciento de los austriacos se casan, bautizan y entierran por la Iglesia, o sea, que acuden a ella, por lo menos, en los instantes supremos de la vida, del amor y de la muerte.

No obstante, es posible que tras la alegría presente y la recuperación física haya todavía un cierto cansado escepticismo y un frenético y desengañado asimiento a la transitoria felicidad del instante que pasa, en la línea clásica del "carpe diem" de Horacio. En este aspecto Viena merece la declarada comprensión de sus amigos. Porque si la presencia rusa no caló físicamente, los años del cautiverio pardo—con toda su secuela de adaptaciones, debilidades y terror—fueron un martirio muy duro que el visitante puede intuir de golpe en el Palacio Arzobispal, ante el gran cuadro del Crucificado que preside uno de los salones. En él se han conservado, con veneración, los impactos de las balas nazis disparadas por las milicias que asaltaron la casa buscando al cardenal Innitzer.

La realidad que puede despertar la vieja vocación de Viena es su proximidad geográfica a la frontera del dolor. La neutralización del país no es un obstáculo, porque no se trata de que el Gobierno tome una determinada posición política, sino de que los austriacos adopten una actitud espiritual y cobren conciencia de sí mismos. Aun ahora, la ciudad es el mejor observatorio del mundo "oltre cortina". Los emigrados, los especialistas, las gentes de ascendencia húngara o eslava, los periódicos y las noticias que llegan en un día, los viajeros, son una constante llamada de atención a la que responden como un eco los monumentos, los recuerdos históricos, las piezas de los museos y hasta la atmósfera que un observador respira en cualquier calle. El mundo del espíritu está muy por encima de la pequeña realidad política de unas Cancillerías presuntuosas.

Es probable que la vieja Austria de las glorias pasadas se haya extinguido para siempre. Pero cuando las estructuras políticas han muerto, aun subsisten—mucho tiempo—las formas o estructuras del espíritu. Resucitar las primeras sólo es posible (y de ordinario para poco tiempo) con la fuerza. Dar nueva vida a las segundas es el fruto de una libre decisión tenazmente mantenida. Y el espíritu de Austria—como me hicieron ver Otto Schulmeister y Friedrich Heer—se inscribe en las dos grandes coordenadas de la fidelidad y el universalismo.

Antonio FONTAN